

Después de haber cumplido con las atenciones debidas á los generales de la república amiga, Hernan Cortés se dirigió al sitio en que se había colocado todo lo perteneciente á los bergantines.

Para evitar que los mejicanos pudieran incendiarlos, acercándose por la laguna, colocó centinelas en puntos convenientes, y encargó la mayor vigilancia.

Al llegar la noche, la gente se entregó al sueño para descansar de la fatiga del penoso viaje, y Hernan Cortés, recomendando de nuevo á los vigilantes y rondas el cuidado de los barcos, se retiró á su alojamiento pensando en las operaciones de la próxima campaña.

deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseos y voluntad de se vengar ó morir con nosotros, y yo les di las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daría las manos llenas.»—Tercera carta de Cortés.

## CAPÍTULO XXIII

Cortés manda hacer un canal para conducir por él los bergantines desde Texcoco á la laguna.—Expedicion sobre la capital para reconocer el campo.—Ocupacion de Tacuba.—Encuentros con los mejicanos.—Expedicion de Sandoval.—Batalla ganada por los chalqueños contra los mejicanos.—Llegan algunos buques á Veracruz con refuerzos.—Nuevas provincias se presentan á Cortés, declarándose sus señores vasallos del rey de España.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés.

1521. La ciudad de Texcoco distaba del lago de su mismo nombre, poco menos de media legua.

Hernan Cortés, á fin de que los bergantines pudiesen, al estar calafateados, marchar por agua desde la poblacion á la laguna, dispuso hacer un ancho y profundo canal. Para realizar su pensamiento, suplicó al jefe del Estado, Ixtlilxochitl, que le proporcionase la gente necesaria. El jóven gobernante texcocano, que participaba del mismo afan que los españoles, de destruir el imperio azteca, obsequió, sin

pérdida de instante, su deseo. Destinó al trabajo diario de la zanja, ocho mil indios, que se iban remudando con número igual, para que el trabajo se hiciese con mas actividad (1).

Al mismo tiempo que se hacia el profundo canal, el constructor Martin Lopez, ayudado de algunos españoles y tlaxcaltecas, trabajaba con noble actividad, en dejar dispuestos los buques para echarlos al agua.

Hernan Cortés, queriendo utilizar los dias que debian transcurrir en la terminacion de las obras referidas, dispuso salir al frente de algunas tropas, á practicar un reconocimiento de la capital de Méjico y de sus alrededores, y castigar al mismo tiempo á los habitantes de algunos pueblos inmediatos á la corte, que habian contestado á su invitacion de paz, con ofensivos insultos.

Concebido el pensamiento, llamó al general tlaxcalteca Chichimecatl, y le dijo que dispusiera su gente, pues habia llegado el momento que deseaba, de salir á campaña contra los mejicanos. Brilló en el semblante del valiente jefe indio, el placer que inundaba su corazon. Contestó que su «ardiente anhelo era servir lealmente al monarca de Castilla, y combatir contra los mejicanos (2).»

Hernan Cortés, sin comunicar á nadie el punto á donde

(1) «Porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conquista.

(2) «Que queria ir á hacer á nuestro gran Emperador y batallar contra mejicanos, así para mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, así en Méjico como en su tierra.»—El mismo.

se dirigia, formó su ejército. La expedicion se componia de trescientos infantes españoles, incluidos cincuenta ballesteros y arcabuceros, veinticinco de caballería, seis cañones, mas de treinta mil guerreros tlaxcaltecas, y una ligera fuerza texcocana (1).

Siendo preciso dejar de comandante de la guarnicion de Texcoco, una persona que reuniese el valor, la prudencia y el don de mando, eligió á Gonzalo de Sandoval, que era, sin duda, el que mas se distinguia por las bellas dotes que le adornaban. La experiencia le habia demostrado, desde la sublevacion de Méjico, que Pedro de Alvarado era mas útil en campaña, que desempeñando cargos en que era requisito indispensable la reflexion, y dispuso que le acompañase en la expedicion.

Despues de haber oido misa con el mayor recogimiento, el ejército salió de Texcoco á las nueve de la mañana, sin que nadie mas que el general y sus principales capitanes supiesen el punto á donde se marchaba. Hernan Cortés guardó aquella reserva, con objeto de que si habia algunos texcocanos adictos á los mejicanos, no pudieran avisarles del movimiento emprendido (2).

Pero todas estas precauciones tomadas por Cortés, no fueron bastantes á impedir que los aztecas tuviesen noticia de su movimiento y del rumbo que llevaba. El empe-

(1) «Con mas de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados, segun la manera dellos.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y sin decir á persona alguna donde íbamos, salí desta ciudad á las nueve del dia... lo cual hacia porque me recelaba de algunos de los de Texcoco que iban con nosotros, que no diesen aviso de lo que yo queria hacer á los de Méjico.»—El mismo.

rador Guatemotzin, tenia en todos los sitios ocupados por los castellanos, espías que vigilaban sin descanso, y que le daban parte de las operaciones del general español.

Cuatro leguas habia andado el ejército, cuando se encontró con otro numeroso de aztecas, que le esperaba para disputarle el paso. La accion se trabó con igual denuedo por una y otra parte; pero deshechos al fin los mejicanos, huyeron á los montes, perseguidos por los tlaxcaltecas, que daban muerte á cuantos aztecas alcanzaban. Al siguiente dia, despues de haber pernoctado en el campo, siguió Cortés su marcha con dirección á Xaltocan, ciudad situada en una islita, en medio de la laguna del mismo nombre, llamada actualmente de San Cristóbal, cerca de Zumpango. El general castellano trataba de castigar á sus habitantes por la manera con que habian correspondido á sus proposiciones de paz. Tres veces les invitó con ella, y despues de haber maltratado á los mensajeros, contestaron, «que nada temian, y que en el campo esperaban á los hombres blancos (1).»

La ciudad era fuerté por su ventajosa situacion. Rodeada de agua por todas partes, sólo se podia llegar á ella por medio de canoas ó por una calzada que la ponía en comunicacion con el continente. Hernan Cortés avanzó por la calzada; pero al llegar á cierta distancia, la encontró cortada, presentando un ancho foso inundado por las aguas

(1) «El cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia, tres veces... y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué, que si allá íbamos, que no tenian menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

del mismo lago. Detenidos en la orilla la caballería y los infantes, sufrían continuas descargas de flechas, arrojadas por los guerreros que ocupaban las canoas. Conociendo el jefe castellano que era imposible asaltar la plaza, porque carecia de medios para acercarse á ella, dispuso la retirada. Al notar los de la ciudad su movimiento de retroceso, lanzaron mil gritos injuriosos y un diluvio de armas arrojadas contra los hombres blancos y los tlaxcaltecas. En aquellos momentos, dos indios de un pueblo próximo, rival del de Xaltocan, que se habian agregado á las tropas de Cortés, indicaron que habia un punto vadeable, y conducidos por ellos, se lanzaron los españoles al lago. Caminando con el agua á la cintura y sufriendo una incesante lluvia de flechas y de piedras, llegaron por fin á poner el pié en tierra. Entonces acometieron con ímpetu, y arrojando á los que defendian la ciudad, penetraron en ella causando terrible estrago. Los tlaxcaltecas, que llegaron casi en el mismo instante, se derramaron por las calles, sedientos de venganza, mientras Hernan Cortés, con la caballería, permanecia en la entrada del paso, para evitar que pudiesen verse acometidos por la espalda por fuerzas mejicanas que se hallasen en tierra. Grande fué la mortandad de los defensores de la poblacion. Derrotados en todas partes y perseguidos de cerca, se dirigieron á las canoas, y embarcándose precipitadamente en ellas, se alejaron sobrecogidos de terror. Los vencedores, acabada la lucha, penetraron en las casas, donde encontraron ricas telas de algodón, oro, abundantes víveres y otros objetos de importancia. Saqueada la ciudad y entregadas al fuego algunas de sus casas, volvieron los asaltantes á donde les

esperaba Cortés con la caballería y el resto del ejército. Los tlaxcaltecas, contentos del rico botín que habían alcanzado, entonaban himnos de triunfo y anhelaban nuevos combates que les proporcionase iguales despojos (1).

Continuando Cortés su expedición, llegó á Cuautitlan, hermosa ciudad entonces, cuyos habitantes la abandonaron sin oponer resistencia. Al siguiente día partió para Tenayocan; y sin detenerse en ella, pasaron á la ciudad de Azcapozalco, donde descansaron un instante. Había sido Azcapozalco en un tiempo, capital del reino tepaneca, á cuyos reyes pagaban tributo los mejicanos recién establecidos en el valle. Cambiadas las circunstancias, y convertidos los aztecas en dominadores de los demás señoríos, Azcapozalco quedó agregado á la corona de Méjico en 1425, después de combates sangrientos, en que sus habitantes fueron vencidos por el monarca mejicano Itzcoatl. Ciudad de importancia por su comercio y por su industria, era el mercado á donde concurrían los aztecas á comprar y vender sus esclavos, hechos en la guerra, pues la esclavitud ó la piedra del sacrificio estaban reservadas en aquellas naciones al desventurado que tenía la desgracia de caer prisionero. Hábiles sus habitantes en fundir y trabajar los ricos metales, eran los orífices más notables del Anáhuac, cuyas obras, enviadas por Cortés á España, se consideraron como perfectas. Los españoles llamaban á Azcapozalco, «el pueblo de los plateros,» y en él mandaban

(1) «Y los tlaxcaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

hacer sus alhajas de oro y plata los emperadores mejicanos (1).

Temiendo los vecinos de la ciudad ser castigados por haber salido á hostilizar á los españoles en su retirada de la Noche Triste, abandonaron sus casas y se marcharon á los montes y á la capital de Méjico. El general castellano prohibió que se cometiese ningún acto de venganza, puesto que no habían encontrado resistencia. La orden fué obedecida; y el ejército, después de haber descansado un instante, se dirigió á Tacuba, ciudad á donde tenía interés de llegar Hernán Cortés, como él asegura en su tercera carta, y que solo distaba media legua de Azcapozalco (2).

La ciudad de Tlacopan ó Tacuba, había formado parte de la nación tepaneca, antes que Azcapozalco, capital de la misma, fuese, como he dicho, conquistada por el monarca mejicano Itzcoatl. Sometido el reino á la corona de Méjico, el conquistador azteca quiso formar otro nuevo en una de las poblaciones sojuzgadas, y creó rey de Tacuba, en el mismo año de 1425, á un nieto de Tezozomoc, que había sido monarca de Azcapozalco. Al crearle soberano de Tacuba, así como de la parte del territorio situado al poniente y del pintoresco país de Mazahuacan, el emperador mejicano exigió de su favorecido, la obligación de que había de acudir con sus tropas en defensa del soberano de Méji-

(1) «Este Escapuzalco era donde labraban el oro ó plata al gran Montezuma, y solíamos llamar el pueblo de los Plateros.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Porque yo deseaba mucho,» dice, «llegar á otra ciudad que estaba allí cerca, que se dice Tacuba, que está muy cerca de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés.

co, en el momento en que éste lo pidiese, para combatir contra los enemigos del imperio azteca. Admitida la proposición por el creado rey de Tacuba, siempre fueron sus habitantes los primeros en acudir en auxilio de los reyes mejicanos. En las poblaciones tepanecas que se le concedieron, no entraron Azcapozalco, Coyohuacan ni Mixcoac, pues éstas quedaron dependientes de la corona de Méjico.

De esperar era, por lo mismo, que los habitantes de Tacuba estuviesen dispuestos á resistir á las tropas de Hernan Cortés que se acercaban. El caudillo español marchaba con esa convicción, y por lo mismo anhelaba llegar pronto al frente de la ciudad. No se engañó al imaginarse que encontraría resistencia. Un numeroso ejército le esperaba fuera de las murallas, dispuesto á disputarle el paso. Allí se hallaban todos los habitantes de la ciudad y de las poblaciones inmediatas, así como distinguidos escuadrones mejicanos, que el emperador Guatemotzin había hecho salir de la capital. Hernan Cortés dispuso sus tropas, y avanzando sobre el enemigo, se trabó una lucha obstinada y sangrienta. Mientras el caudillo español, con la caballería, trataba de romper los escuadrones que, armados de largas lanzas, herían muchos caballos, los tlaxcaltecas, mandados por el valiente jefe Chichimecatl, acometían, con furia espantosa, por otros puntos en que eran recibidos por los mejicanos con igual denuedo. La infantería castellana, manejando diestramente la cortante hoja toledana, no daba golpe que no causase una muerte, ni disparo de arcabuz ó de ballesta que no fuese aprovechado. Mezclados los combatientes de uno y otro ejército, cruzaban sus armas y se herían, sintiendo humedecidos sus piés con la

sangre que enrojecía la tierra. Esforzadamente luchaban los mejicanos, pero no pudiendo al fin resistir á la caballería y á los mortales golpes de las cortantes espadas de los infantes, se retiraron á la ciudad, persiguiéndoles los españoles hasta los suburbios de la población (1).

Empezaba la noche cuando terminó la acción; y queriendo Cortés dar descanso á su fatigada tropa, se detuvo en una de las espaciosas casas que estaban á la entrada de la ciudad. Alojados cómodamente todos los españoles en ese solo edificio, el jefe castellano colocó los centinelas y vigilantes necesarios, suplicando á los capitanes tlaxcaltecas que observasen iguales precauciones (2).

Al amanecer del siguiente día, los escuadrones mejicanos, unidos á los de las poblaciones inmediatas, volvieron á presentarse en el campo de batalla, retando á sus contrarios á nuevo combate. Hernan Cortés formó sus tropas, y marchó al sitio en que le esperaban. Empeñada la acción, los aztecas, aunque lucharon con el valor acostumbrado, se vieron precisados á retirarse otra vez á la ciudad, donde se habían propuesto hacer una vigorosa resistencia; pero les fué imposible. Perseguidos por la caballería y acosados por los tlaxcaltecas, que era gente ágil y suelta, no pudieron hacer frente en ninguna calle, y continuaron la

(1) «De manera que tuvo harto nuestro capitan de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer.»—Bernal Diaz del Castillo, Historia de la conq.

(2) «Y como ya era tarde, aquella noche no hicimos mas de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien á placer en ella.» (Tercera carta de Cortés). «Y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

retirada, dejando abandonada la poblacion. Arrojadlos de Tacuba los mejicanos, la ciudad fué entregada á saco. Los indios aliados, penetraron en las casas apoderándose de cuanto en ellas habia; y anhelando vengarse de los que en la Noche Triste habian dado muerte á millares de sus compatriotas, prendieron fuego á los edificios, sin que pudiese contenerles en su obra de destruccion el general castellano. En el ciego afan de devastacion de que estaban poseidos, hubieran querido reducir á cenizas la ciudad entera; y hasta una de las piezas de la casa en que estaba alojado Hernan Cortés, empezó á incendiarse, habiéndose comunicado el fuego de uno de los inmediatos edificios (1).

Con el fin de observar la actitud que tomaba la capital azteca y las providencias que dictaba el emperador Guatemotzin, se propuso el general castellano permanecer algunos dias en Tacuba. Eligió para alojamiento, el palacio del señor de la ciudad, que era de un solo piso; pero grande y espacioso como todos los contruidos en aquellas naciones, para habitacion de sus reyes.

Hernan Cortés, acompañado de varios de sus capitanes y soldados, subió al átrio superior del *teocalli* principal, que se elevaba á una altura considerable. Desde allí se descubria una importante parte del hermoso valle de Mé-

(1) «Los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Tenuxtitan, pasando por esta ciudad, los naturales della juntamente con los de Tenuxtitan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

jico. Millares de pintorescos pueblos, situados en las márgenes de los tranquilos lagos y en las verdes laderas de las montañas, parecian esperar anhelantes, las órdenes de la hermosa sultana de las ciudades, de la grandiosa corte de los emperadores aztecas, suavemente reclinada sobre las blancas ondas de la durmiente laguna, como una encantadora sirena, reposando sobre la superficie de un mar en calma. Cruzaban las aguas que orillaban la espaciosa calzada, teatro sangriento de las terribles escenas de la Noche Triste, centenares de canoas, que entraban y salian de la ciudad, cargadas de comestibles, de flores y de abundantes peces. Dirigiendo la vista hácia las primeras aldeas próximas á la memorable calzada de Tacuba, se levantaba el histórico ahuehuate de Popotla, el árbol majestuoso, al pié del cual se sentó Hernan Cortés al ser arrojado de la ciudad, á verter consoladoras lágrimas, por la pérdida de sus mas caros amigos. Siguiendo una senda cubierta de elevados maizales que, acariciados por el viento, dejaban admirar las doradas mazorcas, que constituian el principal alimento de aquellos pueblos, se alzaba el cerro de Otoncalpolco ó de Moctezuma, llamado actualmente de los Remedios, en cuya cima descansaba el *teocalli* en que los españoles hallaron el primer refugio en su desastrosa retirada.

Hernan Cortés bajó del *teocalli*, admirando la actividad de los pueblos próximos á la capital, y no dudó de que la lucha que le esperaba seria tenaz y sangrienta.

Seis dias permaneció el ejército en Tacuba, y en todos ellos hubo combates mas ó menos importantes, en que los mejicanos tuvieron que retirarse con sensibles pérdidas.